

Adora el ángel, y adora sin cesar y sin perjuicio de las misiones ordinarias y especiales que Dios le confía cerca de los hombres, y del universo material que contemplamos; adoran los bienaventurados, y adoran necesariamente; porque esa ley de adoración constituye su vida y su luz, y su encanto, y su ocupación predilecta y perdurable; adora la naturaleza, incessantemente también, y con exactitud y detalles prolijos en su mudo pero elocuente lenguaje, y en el desempeño fiel de la respectiva misión que Dios á cada criatura ha confiado, según la frase del Profeta Rey, —*ordinatione tua perseverat dies, quoniam omnia serviunt tibi*: — adora el salvaje en el sublime espectáculo de esa misma creación esplendida en el fondo de las selvas; adora, ¿qué más queréis?, el demonio porque no puede evadirse de esa ley, y porque en unión del querube, y del santo, y del universo, debe decir al hombre olvidado de Dios en el seno de su civilización preciada: ¡Adora tú también! Y ello es que la adoración de la criatura inteligente y libre ha de tener lugar, siempre, algún día, indefectiblemente, en la tierra, en el cielo ó en el abismo; oid á San Pablo:—*En el Nombre de Jesús se ha de doblar toda rodilla en ese cielo, en esa tierra, en ese abismo; y toda lengua ha de confesar (de grado ó por fuerza) que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre*.

Y estamos ya en la cuestión que comprende la segunda parte de mi discurso; seré brevísimo, porque es una consecuencia perfecta y lógica de la primera, en que tanto me he extendido, presentando la idea del nombre Salvador y adorable, y venerando, como una gloria resultante de esa obra que constituye en el cielo la remuneración de los trabajos de Jesús y de sus escogidos, respectivamente, porque sus nombres están escritos en el cielo, como amantes de ese Nombre dulcísimo, por el cual, y en el cual y para el cual dirigieron sus acciones todas en la vida, según lo practicaba el grande Apóstol de las Gentes.

Vendrá, porque así está escrito y tiene que cumplirse, el

día de la adoración universal; y cuando se presenten las terribles señales, mencionadas en el Evangelio y anticipadamente cantadas por Habacuc en sublime vaticinio; cuando la naturaleza adore, disolviéndose, y el hombre, la criatura libre é inteligente, para adorar con mejor razón, adore con un espanto semejante al de los ángeles precitos, según la frase de Santiago, el amante del Nombre Dulcísimo y Salvador de Jesús, entonará aquel versículo con que termina Habacuc sus inspiradas frases:—*Mas yo me alegraré en el Señor y me regocijaré en Dios Jesús mío*; esto es, en Dios mi Salvador, en el Nombre adorable y venerando que me ha salvado.

Y verán luego á ese Jesús, glorioso y Salvador como su Nombre; y le verán, para decirlo en frase conocida y usual, pero inimitable, del Catecismo de la Doctrina Cristiana, sentado á la diestra de Dios Padre, con gloria en cuanto hombre, mayor que otro alguno; y le verán, bajo este mismo respecto, como Cabeza de la Iglesia, eterna y triunfante, reasumiendo en una sola las otras dos que en este mundo y en el Purgatorio por la fe conocemos; y le verán, como hombre también, Cabeza y caudillo de los ángeles buenos: ¡vuelvo á recordar á San Bernardo! los ángeles conocen hace ya mucho tiempo ese Nombre Salvador, y así se lo anunciaron á los hombres; lo aprendieron al serles revelado el Misterio inefable de la Encarnación del Verbo, y no se les ha olvidado desde entonces, ni jamás se les puede olvidar; á los unos, confirmados en la gracia; á los otros, precipitados en el abismo.

Y ese Nombre, en verdad santo y terrible en aquel espantoso día y por toda la eternidad para los que despreciaron al Salvador y no adoraron al Omnipotente, será Nombre de dulzura, de suavidad, de vida, de luz, de amor, de felicidad y reposo sempiterno para los que supieron apreciar debidamente la significación y las consecuencias de ese Nombre de salvación y de gloria: vencido el pecado, destruída la muerte, victoriosa la Iglesia, unida para siempre la humanidad predestinada á Dios, el Nombre santo y dulce de Jesús Salvador será para los

bienaventurados, mejor aún que en esta vida para los que sufren, en frase de San Bernardo, luz, alimento y medicina; medicina, porque calmará para siempre sus dolores y se acabarán ya por toda una eternidad sus padecimientos; alimento, porque alejado el defecto cotidiano de esta mortal corrupción, muerte prolija, como la llama muy acertada y expresivamente un Santo Padre, se alimentarán de ese Nombre, y se embriagarán santamente en el abismo sin término de sus dulzuras; luz, porque ese Nombre lo iluminará todo sin jamás extinguirse ni debilitarse sus resplandores, porque la ciudad de Dios tiene su antorcha y su lámpara en el Cordero para usar la palabra de la revelación, y el sol, y la luna y las estrellas cesaron ya de adorar, porque fueron destruidas por una luz más brillante: y he aquí, mis amados hermanos, la consecuencia consoladora, el anhelo y esperanza amorosa de la Iglesia al terminar su oración en ese día, después de habernos señalado con mano maestra, como siempre, la significación y la grandeza, el poderío y la dulzura del Nombre inefable de Jesús, nuestro Salvador.

Voy á concluir con palabras de esa Maestra y Madre, sabia y oportunísima: ella se dirige y nos dirige á todos sus hijos, á Jesús para decirle:—*Jesús, dulzura de nuestros corazones, fuente viva, luz de nuestra mente, que excedes todo gozo y superas todo deseo. Que nuestra voz primera, sola, única, sea Jesús; que nuestras costumbres la expresen; que nuestros corazones te amen, y que amándote en esta vida, te amen siempre, por toda la eternidad, dichosa, en el cielo.*—Así sea.

PLAN GENERAL, EN SÍNTESIS, DEL SERMÓN DEL DULCE NOMBRE DE JESÚS.

(Puede aplicarse á Titular del Salvador.)

Vocabis Nomen ejus JESUM; ipse enim salvum faciet populum suum, à peccatis eorum.

Llamarás su Nombre JESÚS; porque Él salvará á su pueblo de los pecados de ellos.

(Evang. S. Matth. c. 1. v. 21.)

Exordio. Breve síntesis del capítulo 1.º de San Mateo; *facies hominis:* genealogía del Salvador.—Proposición (basada sobre la oración de la Iglesia), Nombre de salvación, de veneración en la tierra, y de gloria y remuneración en el cielo.

1.ª parte. El Angel á los Pastores, confirmando ese Nombre.—Especiales pasajes de la vida de Jesucristo, en que se manifiesta bajo su nombre, Salvador; sus curaciones más notables; su muerte y apóstrofes de los hombres de la Ley; conmoción de la naturaleza.—El tullido de la Puerta Hermosa del Templo.—San Pablo y su conversión y hechos; *ut portet nomen meum*.—Santos Padres sobre este Nombre, en especial San Bernardo, San Bernardino de Sena.—La Reforma.—La Compañía de Jesús.—Santa Teresa.—La Beata María Ana de Jesús.—San Felipe de Jesús; otros de ese Nombre; la Iglesia alabando ese Nombre.—Oficio y rezo propio del día, etc.

2.^a parte. Ley de la adoración; su indefectibilidad y su grandeza; *In nomine Jesu, etc.* la adoración ha de tener lugar precisamente, en el cielo, en la tierra, ó en el infierno.—San Pablo.—Juliano Apóstata; reflexiones generales sobre estos puntos; gloria de Jesucristo en el cielo; gloria y remuneración de los que han confesado y venerado su Nombre en la tierra. Jesucristo, Salvador de los ángeles, y su cabeza en cuanto hombre. Jesucristo, cabeza de la Iglesia; elogios de los SS. PP. y de la Iglesia, traídos á esta tercera prueba, para concluir con la oración: *Ut cujus Sanctum Nomen veneramur in terris, ejus quoque aspectu perfruamur in celis.*—Gloria de Jesús, en cuanto hombre en el cielo.—Deificación de la humanidad en la de nuestro Salvador, tomada por nuestro bien, etc.

SERMON

DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

Et dabo vobis cor novum, et spiritum meum effundam in medio vestri.—Auferam cor lapideum de carne vestra, et dabo vobis cor carneum.

Y os daré un corazón nuevo, y derramaré mi espíritu en medio de vosotros, y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne.

(Ezechiel. c. XXXVI, v. 16.)

Quisiera yo en este día, mis amados hermanos, mejor que nunca, trasladarme con vosotros á aquel dichoso momento en que terminada la creación, establecido el jardín de las delicias, y satisfecho Dios de su obra, descansa, según la frase bíblica, siempre tan acomodada á nuestra pobre capacidad, y como que toma aliento para arrojarlo en seguida sobre una obra predilecta, que es como el último y supremo esfuerzo de su bondad y de su poder, el fin de su trabajo, el término de su amor infinito, el hombre.

Como el artífice, que delante de la estatua ya perfectamente modelada, la contempla un instante con la deliciosa embriaguez del entusiasmo, adivinando en ella el más preciado laurel de su corona y de su fama, y tomando por última vez en sus manos, temblorosas por la emoción de su alma quizás, el cincel y el buril la da el postrer toque, la señala el último atrevido rasgo, la fija el supremo, aunque al parecer, desapercibido detalle, así Dios, ante el busto del hombre moldeado en